

fiere á la gran señora, ha muerto con todos los atavíos esplendorosos de que la reviste este fin de siglo, con su cabello empolvado, con sus chapines, con sus afeites, con sus corsés de ballenas, adornados con los zozos de cintas. Pasan hoy día las duquesas por todas las puertas sin que haya necesidad de ensancharlas para darles importancia. El Imperio ha visto su poniente, y no me explico cómo es que el soberano (que ha querido que brillara su corte gracias al lujo que presta el brillo del raso y del terciopelo en los trajes de la aristocracia) no ha dictado leyes severas para sostener su pujanza. Napoleón no ha previsto qué extremo le reduciría el código que le tenía tan orgulloso, pues creando duquesas y más duquesas, no hizo sino darnos la mujer *comme il faut*, que viene ser el término medio de su filosofía aplicada á las leyes.

—El pensamiento, manejado como piqueta por un mozo que abandona el colegio y por el torpe pedante que demolido todo el edificio brillante de nuestra sociedad—interrumpió el conde de Vandenesse.—Hoy día cualquier pícaro que pueda sostener la cabeza en la guida, cubrir su ancho pecho con media vara de raso que viene á resultar coraza para él, lucir una frente en que reluce el genio apócrifo bajo cabellos ensortijados, bandearse sobre unos zapatos que permiten lucir los calcetines de seda, que no cuestan más que de seis pesetas, con todo, y brillar como brillan, se cree autorizado para lucir su monóculo en uno de los ojos que se abren bajo las cejas, y así sea pasando por abogado, hijo de asentista, ó bastardo de banquero, mide de alto á bajo á la duquesa más linda, le pide precio viéndola bajar la escalinata de un teatro, y dice á su amigo que se viste en casa de Buissón, ni más ni menos que nos vestimos todos, y con tanto boato ostentación como el primero de nuestros duques. «Ahí tienes, querido, una dama *comme il faut*».

—No han sabido ustedes—contestó lord Dudley—organizar un partido, y no creo que sepan hacer política en mucho tiempo. Hablan mucho los franceses de reglamentar el trabajo, sin que hayan conseguido restablecer el dominio de la propiedad. Lo que

corre á ustedes es sencillo. Un duque cualquiera (lo mismo en el reinado de Luis XVIII que en el de Carlos X se encontraban algunos que disfrutaban de doscientas mil libras de renta, de un palacio suntuoso y de numerosa servidumbre), un duque cualquiera, hoy, podía triunfar y vivir á lo grande. El último de la raza lo ha sido el príncipe de Talleyrand, quien dejó cuatro hijos, dos de ellos mujeres. Supongamos que ha tenido fortuna en casarlos á todos, y aun así, cada uno de estos herederos disfruta á lo sumo de setenta á ochenta mil libras de renta; añadamos que tienen varios hijos y tendremos que se ven en la dura precisión de vivir alejados, encerrándose en el piso bajo ó en el primero y haciendo prodigios de economía; ¿quién sabe si no andan á la caza de una fortuna? Desde que esto sucede, la mujer del primogénito, duquesa nominativamente y no de otro modo, no tiene coche, ni servidumbre, ni criados, ni palco fijo, ni tiempo libre de que pueda disponer; no se le han señalado habitaciones particulares en el palacio, ni dispone de su fortuna, ni posee esas mil nonadas propias de la mujer; está sujeta al matrimonio como las mujeres de la calle de Saint-Denis lo están á su tienda de comercio; compra ella misma las medias para sus queridos hijitos, los cría y educa á sus hijas que no manda á ningún colegio de monjas. Vuestras damas más nobles resultan así excelentes gallinas huecas.

—¡Ay, sí!—dijo José Bridau.—Nuestra época no ofrece ya esos elegantes ramos de flores femeninas que en mejores días adornaron y dieron lustre á la monarquía francesa. El abanico de la gran dama está abandonado, comido de polvo. La mujer no tiene ya motivos para sonrojarse, ni necesidad de matar su tiempo en frívolas murmuraciones, ni de cuchichear misteriosamente, ni de ocultarse, ni de exhibirse. El abanico no le sirve más que para hacerse aire. Cuando una cosa no simboliza idea ó intención de ningún género, sino que es lo que es, resulta demasiado útil para que se le considere como objeto de lujo.

—Todo ha sido cómplice en Francia de la mujer distinguida—apuntó Daniel de Arthez.—La aristocra-



cia ha autorizado este triunfo huyendo al retiro de sus posesiones donde ha ido á ocultarse para morir, emigrando al interior, asustada de las ideas, como en otro tiempo al extranjero, temerosa de las masas populares. Las señoras que podían abrir salones europeos encauzar la opinión, volverla á poner suave como un guante, dominar al mundo dominando á los artistas y á los pensadores, cosa facilísima, han cometido la imprudencia de abandonar el campo, avergonzándose de sostener la lucha con la clase media á quien embriaga el poder y desfila por la escena del mundo quizás para consentir que la devoren, que la hagan pedacitos los bárbaros que van ya á su alcance. Lo que eso resulta que donde los endiosados creen ver princesas, no se distingue sino jóvenes distinguidas. Los príncipes no hallan hoy grandes damas á quienes enamorar, ni pueden dar nombre á una mujer casada á su ventura. El último que ha explotado este privilegio es el príncipe de Borbón.

—¡Y sólo Dios sabe cuánto le cuesta la hazaña!—dijo lord Dudley.

—La verdad es que hoy los príncipes no tienen más que mujeres aristócratas, que se ven en el caso de pagar el palco á medias con sus amigas, y á quienes en favor real no aumentaría ni una línea de grandezas. flotan entre dos corrientes, la que imprime la clase media y la que imprime la nobleza, y no son ni nobles, ni plebeyas—replicó amargamente la marquesa de Rochefide.

—Anda, que la prensa se parece en esto á la mujer—dijo Rastignac.—La mujer ha perdido el mérito de figurar en el folletín hablado, el talento de provocar deliciosas murmuraciones de salón, dichas con el gracejo que presta el lenguaje culto. Leemos ahora folletines escritos en una jerga que cambia cada tres años, periódicos insignificantes, tan alegres y divertidos como un sepulturero, y tan ligeros como el plomo de los caracteres de imprenta. Las conversaciones ofrecen algo del lenguaje bárbaro de los irogueses y corren de un extremo á otro de Francia en largas columnas que se imprimen en los países donde rechinan las prensas usurpando el lugar

de los círculos elegantes que en otro tiempo brillaban allí.

—El campaneó lúgubre que dobla por la muerte de la alta sociedad ha empezado, oigan ustedes—profririó un príncipe ruso,—y la primer campanada ha sido la frase moderna de *femme comme il faut*.

—Tiene usted razón, querido príncipe—contestó de Marsay.—Esa mujer, saliendo de los rangos de la nobleza, ó elevada desde la clase media, saltando de todos los puntos, hasta de la provincia, simboliza los tiempos modernos, como última manifestación del buen gusto, del ingenio, de la gracia, de la distinción, reuniendo todas estas cualidades, pero disminuidas. No volveremos á ver grandes señoras en Francia, pero privarán por mucho tiempo las damas distinguidas, enmembradas por voto de la opinión pública á la elegante cámara femenina, y que serán, respecto del bello sexo, lo que representa el *gentleman* en Inglaterra.

—¡Y á eso llaman progresar! Quisiera ver dónde está el progreso—añadió la señorita de Touches.

—Ah, pues está bien claro—replicó la señora de Nucingen.—Aunque una mujer tuviese en otro tiempo voz de pescadera, andar de granadero, perfil de artesana audaz, los cabellos desordenados, el pie grande, la mano grasienta, no por ello dejaba de ser gran señora; pero hoy, así fuese una Montmorency, suponiendo que las señoritas de Montmorency pudieran ser de tal modo, no sería dama distinguida, elegante.

—Pero ¿qué diablos entienden ustedes por dama *comme il faut*?—preguntó el conde Adam Laginski.

—Es creación moderna, deplorable triunfo del sistema electivo aplicado al bello sexo—replicó el ministro.—Cada revuelta tiene su frase, en que se resume y que la caracteriza.

—Tiene usted razón—dijo el príncipe ruso, que había ido á París con el propósito de conquistar un nombre de literato.—Podría escribirse un magnífico libro explicando ciertas frases aumentadas de siglo en siglo á vuestra hermosa lengua. «Organizar», por ejemplo, es una frase del Imperio, que retrata á Napoleón de cuerpo entero.



—Pero todo eso no me ilustra acerca de lo que es una mujer *comme il faut*—replicó con visible impaciencia el polaco.

—Voy á explicárselo á usted — respondió Emilio Blondet al conde Adam.— Un día hermoso pasea usted distraídamente por las calles de París. Son más de las dos, pero no han tocado aún las cinco. Ve usted á una mujer que viene en su dirección; la primera mirada que usted le dirige es como el prólogo de un libro encantador; esta mirada basta para que descubra usted todo un mundo de elegancia y finura. Como el botánico á través de los cerros y valles en que herboriza encuentra usted entre tantas vulgaridades parisienses una flor rara. O bien acompañan á esta señora dos hombres muy distinguidos, uno de los cuales por lo menos está condecorado, ó bien le sigue á diez pasos de distancia algún criado sin librea. No luce colores en su ropa, ni medias caladas, ni hebilla vistosa en la cintura, ni pantalones con vueltas bordadas jugueteando en torno de su tobillo. En los pies distingue usted ó zapatos de tela con coturnos cruzados sobre una media de algodón excesivamente fina ó sobre una media de seda, color gris, ó bien borceguíes de la más exquisita sencillez. El tejido de dibujo primoroso hace que se fije usted en la ropa, aunque ésta no sea como no lo es, rica; pero más de una y más de dos se quedan sorprendidas contemplando aquel corte elegante: casi siempre suele consistir en saco sobre faldas, entrelazado, galoneado lindamente con presillas de alamares ó con bordados finísimos. La desconocida luce con elegancia que marca su sello personal, el chal ó la toca; se aprovecha de sus movimientos flexibles dibujando al andar una especie de concha sobre su cuerpo que serviría á otra mujer para que se la confundiera con una tortuga, pero al través de la cual deja adivinar las formas más bellas, aparentando velarlas. ¿De qué medio se vale? Guarda impenetrable reserva acerca de su arte, sin que se escude en ninguna patente de invención. Imprime á su andar un vuelo concéntrico y armonioso que hace temblar bajo la ropa sus formas lindas y temibles, como la culebra que pasa al mediodía ocultándose bajo su co-

bertor de hierba verde haciéndola temblar. ¿Debe á un ángel ó á un demonio el encanto de aquella ondulación graciosa que juguetea bajo la estirada capa de seda negra, que agita suavemente el extremo del encaje, y que deja tras de sí en el ambiente no sé qué fragancia que yo designaría, si me dejarasen, con el nombre de aire de la parisiense? Fácilmente señalará usted en los brazos, en el talle, alrededor del cuello, el influjo de un arte que pliega la tela más rebelde á su gusto, y de modo que hiera su imaginación el recuerdo de la Mnemosina de la antigüedad. ¡Ah, y qué bien maneja—permitaseme la figura—el corte del paso! Fijese usted en el modo de adelantar el pie removiendo el vestido con tan discreto tino, que excita en el transeunte cierta admiración mezclada de deseo, pero limitado por un sentimiento de respeto profundo. Cuando una inglesa quiere imitar este donaire parece un granadero avanzando para atacar un fuerte. La parisiense posee talento y arte para andar. Así, el municipio debe agradecerle que no se gaste más pronto el embaldosado. La desconocida no tropieza con nadie. Para pasar, espera con cierta orgullosa modestia á que le dejen paso. La distinción propia de las mujeres bien educadas se echa de ver sobre todo en la manera como lleva el chal ó la manta cruzados sobre el pecho. Al mismo tiempo que camina, ostenta un cierto aire digno y sereno, como las madonas de Rafael en sus marcos. Su actitud, tranquila al par que desdeñosa, obliga al más insolente dandy á molestarse por ella. El sombrero, de una sencillez notable, tiene cintas nuevas. Tal vez llevará también flores; pero las más hábiles ostentan á lo sumo lazos. La pluma requiere el coche y las flores atraen demasiado las miradas. Debajo del sombrero verá usted siempre la cara fresca y serena de una mujer segura de sí misma, sin fatuidad, que no mira nada y lo ve todo, y cuya vanidad, hastiada por las satisfacciones continuadas, comunica á su fisonomía una indiferencia que pica en curiosidad. Sabe ella de sobra que la miran y que casi todos se vuelven para verla, y por eso atraviesa París blanca y pura como una virgen. Esta hermosa especie siente predilección por las latitudes más cálidas y por los parajes



más limpios de París, de suerte que la hallaréis siempre entre el arco 10.º y 110.º de la calle de Rivoli, en la línea de los bulevares, desde el ecuador de los Panoramias, donde florecen las producciones de las Indias y donde brotan las creaciones más ardorosas de la industria, hasta el cabo de la Magdalena; en las comarcas menos fangosas de la burguesía, entre los números 30 y 150 de la calle del Faubourg-Saint-Honoré. Durante el invierno, se solaza en la terraza de los Feuillants y nunca en la acera de asfalto que la circunda. Según el estado del tiempo, vuela al paseo de los Campos Eliseos, limitado al Este por la plaza de Luis XV, al Oeste por la avenida de Marigny, al Sur por la calzada y al Norte por los jardines del arrabal Saint-Honoré. Esta linda variedad de mujer no la hallará usted nunca más que en las regiones hiperboreales de la calle de Saint-Denis, ni en los kamischatka de las calles fangosas, pequeñas ó comerciales, ni en parte alguna cuando está mal tiempo. Estas flores de París, que brotan en medio de un clima oriental, perfuman los paseos y, después de las cinco, se recogen como las bellezas del día. Las mujeres que veáis después, que se le semejan algo, son mujeres *comme il en faut*, mientras que la hermosa desconocida, vuestra Beatriz del día, es la mujer *comme il faut*. Querido conde, para los extranjeros no es cosa fácil reconocer las diferencias por que las distinguen los observadores eminentes: tan hábil cómica es la mujer; pero tales diferencias saltan á la vista de los parisienses, porque se trata siempre ó de una hebilla mal puesta, ó de cordones que se dejan ver por las aberturas de la espalda, ó zapatos algo usados, ó cintas de sombrero planchadas, ó un traje demasiado hueco; eso sin contar con que se nota siempre una especie de afectación en el modo de entornar los párpados y en las posturas y ademanes. Por lo que atañe á la burguesa, es imposible confundirla con la mujer *comme il faut*, porque la hace resaltar y explica el encanto que os ha producido la desconocida. La burguesa se muestra siempre con aire atareado: sale en todo tiempo, corre, va, viene y no sabe si entrará ó no entrará en un almacén determinado. Allí donde la

mujer *comme il faut* sabe perfectamente lo que quiere y lo que hace, la burguesa está indecisa, se recoge su falda para pasar el arroyo y lleva consigo á un niño que la obliga á mirar cuidadosamente el paso de los coches. Ésta es madre en público, habla con su hija, lleva dinero en el cabás y unas medias transparentes, y en invierno usa boa y pelerina y en verano chal, mientras que la hermosa paseante no lo hace. A la mujer *comme il faut* la hallará usted en los Italianos, en la Ópera, en un baile, y entonces se muestra bajo un aspecto tan diferente, que creemos que se trata de dos creaciones sin analogía alguna. La mujer *comme il faut* brota entonces de su misterioso traje como una mariposa de su sedosa larva, y os sirve, cual una golosina, la vista seductora de las formas que su corsé modelaba apenas por la mañana. En el teatro no pasa de los palcos segundos, á excepción de las representaciones en los Italianos, que es donde podría usted estudiar á placer la sabia lentitud de sus movimientos. La adorable engañadora emplea los pequeños artificios políticos de mujer con una naturalidad que excluye toda idea de arte y de premeditación. Si tiene la mano verdaderamente bonita, el más astuto creará que no podía ella menos de subirse un rizo que la molestaba y ni siquiera se imaginará su intención de ostentar sus gracias. Si se cree favorecida de perfil, os parecerá que habla con mimo ó con despego al que tiene á su lado, y se colocará de modo que produzca ese mágico efecto del perfil que tanto estudian los artistas, el cual dibuja perfectamente la mejilla y la nariz, ilumina el color rosado de las fosas nasales, hace que la frente se destaque, permite ver el fuego de la mirada y hace resaltar la blanca redondez de la barba. Si tiene el pie lindo, se tumbará sobre un diván con la coquetería de una gata al sol, con los pies hacia adelante, sin que usted vea en su actitud más que el más delicioso modelo del cansancio. Nadie como la mujer *comme il faut* para no estar molesta con sus atavíos y para llevarlos con la mayor desenvoltura. Nunca la sorprenderéis, como á la burguesa, subiéndose una hombrera molestante, oprimiendo una ballena insubordinada, mirando si la gorguera realiza su papel de



guardián infiel en torno de dos tesoros de deslumbrante blancura, ó mirándose en los espejos para cerciorarse de que su tocado sigue irreprochable. Su tocado está siempre en armonia con su carácter, y le ha sobrado tiempo para examinarse y para decidir lo que le sienta mejor. Nunca la veréis á la salida, porque desaparece antes de que se acabe el espectáculo. Si por casualidad se muestra tranquila y noble en los peldaños de la escalera, es porque es víctima de sentimientos violentos, y está allí por orden de alguien para dirigir alguna mirada ó para recibir alguna promesa. Tal vez baja tan lentamente para satisfacer la vanidad de un esclavo al que obedece siempre. Si el encuentro tiene lugar en un baile ó en una velada, recogeréis la miel afectada ó natural de su voz astuta y os maravillará su palabra vacía pero á la cual sabrá ella comunicar el valor del pensamiento, mediante un inimitable manejo.

—Para ser mujer *comme il faut* ¿no es necesario tener cierto talento?—preguntó el conde polaco.

—Es imposible serlo sin tener mucho gusto—respondió la princesa de Cadiñán.

—Y en Francia tener gusto es tener más que talento—advirtió el ruso.

—El ingenio de esa mujer es el triunfo de un arte completamente plástico—repuso Blondet.—No sabréis nunca lo que ha dicho, pero quedaréis encantado de sus palabras. Habrá movido la cabeza ó se habrá encogido de hombros, habrá dorado una frase insignificante mediante una sonrisa ó una mueca encantadora, ó habrá empleado el epigrama de Voltaire en un *jejen!* en un *jah!* ó en un *¡pues!* Un movimiento de cabeza será en ella la más activa interrogación, y sabrá dar cierta significación al movimiento en que hace bailar á un pebetero atado á un dedo mediante un anillo. Son todas estas cosas grandezas superficiales obstruidas por medio de pequeñeces superlativas: cuando deja pender noblemente la mano del brazo del sofá cual gota de rocío en la margen de un río, no hay que decir más, porque acaba de emitir un fallo sin apelación, capaz de conmover al más insensible. La mujer *comme il faut* ha sabido escucharle, le ha

procurado ocasión de ser ocurrente, y no me negará usted que semejantes momentos son raros.

El aire cándido del joven polaco á quien Blondet se dirigía hizo prorrumpir en sonora carcajada á todos los convidados.

—No hablará usted media hora con una burguesa sin que haga aparecer á su marido en una forma ú otra—repuso Blondet sin abandonar su gravedad;—pero, en cambio, aunque usted sepa que la mujer *comme il faut* es casada, notará usted que siempre tendrá la delicadeza de disimularlo tan bien, que necesitaría usted realizar un trabajo de Cristóbal Colón para descubrirlo y á veces no podría usted lograrlo solo. Si no ha podido usted interrogar á nadie, al fin de la velada la sorprenderá mirando fijamente á un hombre de mediana edad y condecorado, que baja la cabeza y sale. La mujer *comme il faut* ha pedido su coche y se va. Ninguna mujer *comme il faut* está visible en su casa hasta las cuatro, que es la hora en que recibe, con la suficiente calma para hacerle esperar siempre. En su casa lo hallará usted todo de buen gusto y su lujo es constante y se renueva oportunamente. No verá usted nada colocado en vitrina, sentirá usted calor desde la escalera y en todas partes hallará flores que alegren sus ojos; las flores, el único regalo que acepta y aun tiene que provenir de contadas personas; los ramilletes sólo viven un día, causan placer y requieren ser renovados; al igual que en Oriente, para ella son un símbolo, una promesa. Las caras bagatelas de la moda están expuestas por doquiera, pero sin ofrecer semejanza con un museo ni con una tienda de curiosidades. La sorprenderá usted en el rincón del fuego, sobre su otomana, desde la cual le saludará sin levantarse. Su conversación no será ya la misma que en el baile. Fuera de su casa era nuestra acreedora, pero en su casa su talento debe procurar haceros ameno el tiempo. Todas estas menudencias deliciosas las posee á las mil maravillas la mujer *comme il faut*. Ama en usted al hombre que va á engrosar su sociedad, objeto de los cuidados y de las inquietudes que se procuran hoy las mujeres *comme il faut*. Asimismo, si se fija usted en su salón lo ha-



llará impregnado de una coquetería deliciosa. Allí es donde ve usted sobre todo cuán aisladas están hoy las mujeres y el por qué desean tener un pequeño mundo á quien sirven de constelación. La charla, la conversación es imposible sin generalidades.

—Sí—dijo de Marsay,—veo que sabes apreciar bien el gran defecto de nuestra época. El epigrama, ese libro encerrado en una sola palabra, no cae ya, como en el siglo diez y ocho, ni sobre las personas ni sobre las cosas, y sí únicamente sobre acontecimientos mezquinos que le hacen morir con el día.

—El talento y el ingenio de la mujer *comme il faut*, cuando lo tiene, consiste en ponerlo todo en duda, así como el de la burguesa le sirve para afirmarlo todo—siguió diciendo Blondet.—Aquí está la diferencia entre estas dos mujeres: la burguesa es indudablemente virtuosa, mientras que la mujer *comme il faut* no sabe si lo es y si seguirá siéndolo; ésta vacila y resiste cuando la otra se niega rotundamente á caer. Esta vacilación en todo es una de las últimas gracias que le deja nuestra horrible época. Va muy rara vez á la iglesia, pero hablará de religión, y querrá convertirle si tiene usted el buen gusto de hacerse el despreocupado, porque le habrá dado usted salida á las frases estereotipadas, á los movimientos de cabeza y á los gestos convenidos entre todas esas mujeres. «¡Ah! ¡qué horror! ¡le creía á usted demasiado inteligente para atacar la religión! La sociedad se derrumba y usted la priva de un sostén. ¡Oh! en semejante momento la religión es usted, soy yo, es la propiedad, es el porvenir de nuestros hijos. ¡Ah! no seamos egoístas. El individualismo es la enfermedad de la época y la religión es su único remedio, porque une á las familias desunidas por vuestras leyes, etc., etc.» Con este motivo entabla un discurso neocristiano salpicado de ideas políticas, discurso que no es católico ni protestante, sino moral ¡oh! endiabladamente moral, en el cual reconoce usted una presa de cada uno de los paños tejidos por las doctrinas modernas que luchan entre sí.

Las mujeres no pudieron menos de reírse al ver las muecas y gestos con que Emilio iba ilustrando sus críticas.

—Querido conde Adam—añadió Blondet mirando al polaco,—el tal discurso le probará que la mujer *comme il faut* no sólo representa el embrollo intelectual, sino también el político, de igual modo que va rodeada de los brillantes y débiles productos de una industria que piensa sin cesar en destruir sus obras para reemplazarlas. Usted saldrá de su casa diciéndose. «¡Oh! indudablemente tiene gran elevación de miras». Y lo creerá usted tanto más cuanto que habrá sondado vuestro corazón y vuestra inteligencia con delicada mano y os habrá arrancado algún secreto, pues la mujer *comme il faut* simula ignorarlo todo para saberlo todo y tiene cosas que no las sabe nunca, aunque las sepa. Únicamente que usted se sentirá inquieto é ignorará el estado de su corazón. Antaño, las grandes damas amaban con pasquines y anuncios en el periódico; mas hoy, la mujer *comme il faut* tiene su pasión, está regulada como un papel de música, con sus corcheas, sus negras, sus blancas, sus suspiros y sus puntos de órgano. Débil mujer, no quiere comprometer su amor, ni á su marido, ni el porvenir de sus hijos. Hoy, el nombre, la posición, la fortuna, no son ya pabellones bastante respetados para cubrir á bordo todas las mercancías. La aristocracia entera no avanza lo suficiente para servir de parapeto á una mujer *comme il faut*. La mujer *comme il faut* no tiene, pues, como la gran dama de antaño, la libertad de la lucha y no puede aplastar nada bajo sus pies porque sería ella la aplastada. Por eso es la mujer de los jesuiticos *mezzo termine*, de las torpes conveniencias guardadas y de las pasiones anónimas cuidadosamente ocultas. Teme siempre á sus suavos como la inglesa que ve siempre en perspectiva el proceso por conversación criminal. Aquella mujer, tan libre en el baile y tan guapa en el paseo, es esclava en su hogar y sólo goza de independencia á cencerros tapados ó en las ideas. Quiere ser siempre mujer *comme il faut*: he aquí su tema. Ahora bien; hoy, la mujer abandonada por su marido, reducida á una corta pensión, sin coche, sin lujos, sin palco y sin los divinos accesorios del vestir, no es ya mujer, ni doncella, ni burguesa: queda anulada y se convierte en cosa. Las carmelitas no quieren una



mujer casada, porque dicen que incurriría en bigamia; y su amante ¿seguiría queriéndola? ¿quién sabe! La mujer *comme il faut* podrá dar lugar tal vez á la calumnia, pero nunca á la maledicencia.

—Todo eso es horriblemente cierto—dijo la princesa de Cadiñán.

—La mujer *comme il faut* vive, pues, entre la hipocresía inglesa y la graciosa franqueza del siglo diez y ocho—repuso Blondet,—sistema bastardo que revela un tiempo en que nada de lo que se sucede se parece á lo que se va, en que las transiciones no conducen á nada, en que no hay más que matices, en que las grandes figuras se borran y en que las distracciones son puramente personales. Yo tengo la convicción de que es imposible que una mujer, aunque haya nacido en las gradas de un trono, adquiera antes de veinticinco años la ciencia enciclopédica de los nadas, el conocimiento de los manejos, las grandes pequeneces, los matices de voz y las armonías de colores, las diabluras angelicales y las inocentes maldades, el linaje y el mutismo, la seriedad y la mofa, la diplomacia y la ignorancia, que constituyen hoy á la mujer *comme il faut*.

—Según el programa que acaba usted de trazarnos—dijo la señorita de Touches á Emilio Blondet—¿cómo clasificaría usted á la mujer-autor? ¿Es una mujer *comme il faut*?

—Cuando no tiene genio es una mujer *comme il n'en faut pas*—respondió Emilio Blondet acompañando su respuesta de una mirada que podía pasar por un elogio francamente dirigido á Camilo Maupín.—Esta opinión no es mía, es de Napoleón.

—¡Oh! no se lo toméis á mal á Napoleón—dijo Canalis con un acento y un gesto enfáticos;—una de sus debilidades consistía precisamente en estar envidioso del genio literario. ¿Quién podrá nunca explicar, pintar ó comprender á Napoleón? Un hombre á quien se representa cruzado de brazos y que lo ha hecho todo: ha sido el poder más grande que se ha conocido, el poder más concentrado, el más mordaz y el más ácido de todos los poderes; genio singular que ha paseado por todas partes á la civilización armada sin fi-

jarla en ninguna; hombre que podía hacerlo todo porque lo quería todo; fenómeno prodigioso de voluntad, que se curaba una enfermedad en una batalla y que, sin embargo, tenía que morir de enfermedad en una cama después de haber vivido en medio de las balas y de los cañonazos; un hombre que tenía en la cabeza un código y una espada; la palabra y la acción; espíritu perspicaz que lo adivinó todo excepto su caída; político extravagante que se jugaba los hombres á puñados por economía y que respetó tres cabezas, las de Talleyrand, de Pozzo di Borgo y de Metternich, diplomáticos cuya muerte habria salvado al imperio francés y que le parecieron que pesaban más que millares de soldados; hombre al que la naturaleza dotó de corazón dentro de su cuerpo de bronce; hombre risueño y bondadoso á media noche entre mujeres y que por la mañana manejaba á Europa y la azotaba, cual doncella que se entretuviese en azotar la superficie de las aguas de su baño. Hipócrita y generoso, astuto y sencillo, protector de las artes sin sentir gusto por ellas, pero á pesar de estas antítesis, grande en todo por instinto ó por organización, César á los veinticinco años, Cromwell á los treinta, y luego, como un tendero del Pere Lachaise, buen padre y buen esposo. En fin, él improvisó monumentos, imperios, reyes, códigos, versos y novelas, y todo ello con más alcance que precisión. ¿No quiso hacer de Europa Francia? Y después de habernos hecho pesar en la tierra de modo que cambiamos las leyes de la gravitación, nos ha dejado más pobres que el día en que puso su mano sobre nosotros. Él, que habia formado un imperio con su nombre, perdió su nombre al borde de su imperio, en medio de un mar de sangre y de soldados. ¡Hombre que, todo pensamiento y todo acción, comprendió á Dexais y á Fouché!

—¡Arbitrario y justo con oportunidad! ¡un verdadero rey!—dijo de Marsay.

—¡Ah! ¡qué *placez digegig* escuchádoles!—dijo el barón de Nucingen.

—¿Cree usted acaso que es común lo que nosotros servimos?—dijo José Bridau.—Si fuese preciso pagar los placeres de la conversación como se pagan los de



la danza ó la música, su fortuna de usted no bastaría. Un mismo dicho agudo no tiene nunca dos representaciones.

—¿Estaremos, pues, tan rebajadas como suponen estos señores?—preguntó la princesa de Cadiñán dirigiendo á las mujeres una sonrisa burlona y llena de dudas.—Porque, hoy, bajo este régimen que lo empujea todo, gusten los pequeños platos, las habitaciones pequeñas, los cuadritos, los articulitos, los periodiquitos, los libritos, ¿vamos á suponer también que las mujeres sean menos grandes? ¿Por qué ha de cambiar el corazón humano al cambiar ustedes de ropa? En todas las épocas las pasiones serán iguales. Yo conozco admirables abnegaciones y sublimes sufrimientos que sólo carecen de la publicidad, de la gloria, si así quieren llamar á aquello que daba importancia á las faltas de algunas mujeres. Pero por no haber salvado á un rey de Francia no se deja de ser Inés Sorel. ¿Creen ustedes que nuestra marquesa de Espard no vale tanto como *madame Doublet* ó *madame du Defaut* en cuya casa se decía y se hacía tanto mal? ¿No vale Jaglioni tanto como Camargo? ¿No es igual la Malibrán á la Saint-Huberti? ¿No son nuestros poetas superiores á los del siglo xviii? Si en el momento actual no tenemos género propio por culpa de los teatros que nos gobiernan, ¿no ha tenido el Imperio su sello como el siglo de Luis XV y no fué su esplendor fabuloso? ¿Han perdido terreno las ciencias?

—Señora, soy de su opinión: las mujeres actuales son verdaderamente grandes—respondió el conde de Vandenesse.—Cuando la posteridad se ocupe de nosotros ¿no tendrá *madame Recamier* proporciones tan grandes como las mujeres más hermosas de los tiempos pasados? ¡Hemos hecho tanta historia, que fallarán historiadores! El siglo de Luis XIV sólo tuvo una *madame de Sevigné*, y nosotros tenemos hoy mil en París que seguramente escriben mejor que ella y que no publican sus cartas. Que la mujer francesa se llame mujer *comme il faut* ó *grande dame*, será siempre la mujer por excelencia. Emilio Blondet nos ha hecho una descripción de los atractivos de una mujer de hoy, pero, en caso necesario, esa mujer que remeda, que

se adorna y que gorjea las ideas de fulano ó de zutano sería heroica.—Y digámoslo de una vez, señoras, vuestras faltas serán tanto más poéticas cuanto que estarán siempre rodeadas de los mayores peligros. Yo he visto mucho mundo y lo he observado tal vez demasiado tarde; pero en las circunstancias en que podía ser excusada la ilegalidad de sus sentimientos, he notado siempre los efectos de no sé qué casualidad que se puede llamar Providencia, anonadando fatalmente á esas que llamamos mujeres ligeras.

—Supongo yo—dijo la señora de Vandenesse—que podemos ser grandes de otro modo.

—¡Oh! deje al conde de Vandenesse que nos predique—exclamó la señora de Serizy.

—Tanto más cuanto que ha predicado mucho con el ejemplo—dijo la baronesa de Nucingen.

—¡Oh!—exclamó el general Montriveau—De todos los dramas, pues se sirven ustedes de esta palabra—advirtió mirando á B'ondet,—de todos los dramas en que se ha mostrado el dedo de Dios, el más espantoso que he presenciado fué casi, casi, obra mía.

—Vaya, cuéntenoslo—exclamó lady Barimore.—Me gusta tanto estremecerme!

—¡Lo cual es gusto propio de mujer virtuosa!—repuso de Marsay mirando á la encantadora hija de lord Dudley.

—Durante la campaña de 1812—dijo entonces el general Montriveau—yo fui la causa involuntaria de una desgracia espantosa que podrá servirle á usted, doctor Bianchón, para resolver alguno de los problemas de la voluntad que trata usted de resolver, examinando el espíritu humano al propio tiempo que examina al cuerpo—dijo el general mirándose.—Hacia mi segunda campaña, amaba el peligro y me reía de todo, como joven y sencillo teniente de artillería que era. Cuando llegamos al Beresina, el ejército carecía, como ustedes saben, de disciplina, y desconocía por completo la obediencia militar. Aquello era un montón de hombres de todas las naciones que iban instintivamente del Norte al Sur. Los soldados arrojaban de sus hogares á un general andrajoso y descalzo cuando éste no les llevaba leña ni víveres. Después del



paso de aquel célebre río, el desorden no fué menor. Yo salía tranquilamente, solo, sin víveres, de las lagunas de Yerubín, é iba buscando una casa donde quisiesen recibirme. Como no hallaba ninguna ó se negaban á recibirme en las que encontré, no sabía lo que hacer, cuando, afortunadamente, á eso del anochecer vi un mal cortijo polaco, del cual no sería posible darles idea, á no ser que conozcan ustedes las casas de madera de la baja Normandía ó los cortijos más pobres de Beauce. Aquellas viviendas consisten en un solo cuarto, dividido desigualmente por un tabique de madera, y la pieza más pequeña suele servir de almacén de forrajes. La obscuridad del crepúsculo me permitió ver de lejos el humo que salía de aquella casa. Esperando hallar allí compañeros más comprensivos que los que había encontrado hasta entonces, me dirigí valerosamente al cortijo. Al entrar, hallé la mesa puesta. Algunos oficiales, entre los cuales había una mujer, espectáculo bastante ordinario, comían patatas, carne de caballo asada y alcachofas heladas. Entre los comensales reconocí á dos ó tres capitanes de artillería del primer regimiento en que yo había servido. Fué acogido en medio de aclamaciones de júbilo que me habían asombrado del otro lado del Beresina; pero en aquel momento el frío era menos intenso, mis compañeros descansaban, tenían fuego y comían, y la vivienda, llena de haces de paja, les ofrecía la perspectiva de una noche deliciosa, y en aquel entonces era cuanto se podía desear. Mis compañeros podían ser filántropos sin gastar nada, que es una de las maneras más ordinarias de ser filántropo. Yo empecé á comer, sentándome en uno de los haces de paja. Al extremo de la mesa, junto á la puerta que comunicaba con la pieza llena de paja y de heno, estaba un antiguo coronel, uno de los hombres más extraordinarios que he conocido en mi vida. Era italiano. Ahora bien, sabido es que cuando la naturaleza humana se muestra hermosa en las comarcas meridionales, llega á lo sublime. Yo no sé si han notado ustedes la singular blancura de los italianos cuando son blancos. Es una blancura magnífica, sobre todo á la luz. Cuando leí el fantástico retrato que Carlos

Nodier nos ha hecho del coronel Oudet, sentí mis propias sensaciones en cada una de sus elegantes frases. Italiano como la mayor parte de los oficiales que componían su regimiento, tomado por el emperador del ejército de Eugenio, mi coronel era un hombre de elevada estatura, de ocho á nueve pulgadas, admirablemente proporcionado, tal vez un poco grueso, pero con un vigor prodigioso y ágil y ligero como un lebre. Sus cabellos negros y rizados hacían resaltar su tez blanca como la de una mujer; tenía manos pequeñas, pie bonito, boca graciosa y nariz aguileña de delicadas líneas y cuya punta se ponía blanca cuando el coronel se encolerizaba, lo cual ocurría con frecuencia. Su irascibilidad excedía á cuanto pudiera decirse, como van á juzgar ustedes mismos. Nadie podía estar tranquilo á su lado, y yo era el único que no le temía; bien es verdad que me demostraba tan gran amistad, que hallaba siempre bien todo lo que yo hacía. Cuando la ira le embargaba, su frente se fruncía y sus músculos dibujaban en medio de su frente una delta. Este signo producía aun mayor temor que los chispazos magnéticos de sus ojos azules. Entonces todo su cuerpo se estremecía y su fuerza, tan grande ya en estado normal, no tenía límites. Tartajeaba mucho, y su voz, tan potente por lo menos como la del Oudet de Carlos Nodier, comunicaba una increíble riqueza de sonido á la sílaba y á la consonante en que tropezaba su tartajeo. Si este vicio de pronunciación era una gracia en él en ciertos momentos, cuando ordenaba una maniobra ó cuando estaba emocionado no pueden ustedes imaginarse cuánto poder denotaba aquel defecto tan vulgar en París. Sería preciso haberlo oído. Cuando el coronel estaba tranquilo, sus ojos azules denotaban una dulzura angelical y su frente pura tenía una expresión llena de encanto. En una gran parada, en el ejército de Italia, ningún hombre podía luchar con él. En fin, de Orsay mismo, el guapo Orsay, fué vencido por nuestro coronel cuando la última revista pasada por Napoleón antes de entrar en Rusia. Todo era oposición en aquel hombre privilegiado. La pasión vive de los contrastes; de modo que no me pregunten si el coronel ejer-



cia sobre las mujeres esas irresistibles influencias que nuestra naturaleza (el general amaba á la prieta de Cadiñán) obedece como la caña al viento; pero, por una extaña fatalidad, un observador no le daba en darse cuenta de que el coronel tenía poca suerte ó que, por lo menos, no se preocupaba de conquistar. Para darles una idea de su violencia, voy á contarles en dos palabras lo que yo le he visto hacer en un paroxismo de ira. Subíamos con nuestros cañones un camino muy estrecho, limitado de una parte por un elevado talud y de la otra por un bosque. En medio del camino nos hallamos con otro regimiento de artillería á cuyo frente iba el coronel. Aquel coronel quiso hacer retroceder al capitán de nuestro regimiento que iba á la cabeza de la primera batería. Como es natural, nuestro capitán se negó; pero el coronel da orden á su primera batería de que avance, y á pesar del cuidado que el conductor empleó para pasar rozando el bosque, la rueda del primer cañón cogió la pierna derecha de nuestro capitán y se la partió, derribándolo. Todo esto fué cosa de un momento. Nuestro coronel, que se hallaba á poca distancia, adivina la disputa, corre al galope al través de las fuerzas de artillería y de los árboles, á riesgo de estrellarse, y llega enfrente del otro coronel, en el momento en que nuestro capitán caía herido gritando: «¡A mí!» Nuestro coronel echaba espuma por la boca no podía pronunciar palabra ni gritar y se limitó á hacerle á su antagonista una seña mostrándole el bosque y sacando la espada. Los dos coroneles se internaron en la espesura y en dos segundos vimos en el suelo al adversario de nuestro coronel con la cabeza partida en dos. Entonces los soldados de aquel regimiento recularon ¡ah! ¡diantre! ¡y más que de prisa! Aquel capitán á quien estuvieron á punto de matar y que yacía en el fango, tenía por mujer á una encantadora italiana de Mesina, que no era indiferente á nuestro coronel. Esta circunstancia había aumentado su furor, pues debía protección á aquel marido y se creía obligado á defenderlo como á la mujer misma. Ahora bien, en la cabaña en que yo fui tan bien acogido al otro lado de Yerubín, aquel capitán

estaba enfrente de mí, y su mujer se hallaba al otro extremo de la mesa enfrente del coronel. Aquella italiana era una mujercita llamada Rosina, muy morena, pero que llevaba en sus negros y rasgados ojos todos los ardores del sol de Sicilia. En aquel momento se hallaba en un deplorable estado de delgadez y tenía las mejillas cubiertas de polvo como un fruto expuesto á la intemperie en una carretera de tránsito. Andrajosa casi, cansada de las marchas, con los cabellos despeinados y sujetos por un pedazo de chal á modo de toca, aun se veía en ella algo de mujer: sus movimientos eran graciosos, su boca rosada, sus dientes blancos y las formas de su cara y de su cuerpo, atractivos que no habían sido desfigurados del todo por la miseria, el frío y la incuria, hablaban aun de amor al que podía pensar en una mujer. Por otra parte, Rosina ofrecía el aspecto de una de esas naturalezas delicadas en apariencia, pero nerviosas y llenas de fuerza. La cara del marido, hidalgo piemontés, anunciaba una sencillez socarrona, si se nos permite unir estas dos palabras. Valeroso é instruido, parecía ignorar las relaciones que existían entre el coronel y su mujer, de tres años á entonces. Yo atribuía aquella indiferencia á las costumbres italianas ó á algún secreto del matrimonio, pero había en la presencia de aquel hombre un rasgo que me inspiraba siempre involuntaria desconfianza. Su labio inferior, delgado y muy nervioso, caía en las dos comisuras en lugar de levantarse, lo cual me parecía denotar un fondo de crueldad en aquel carácter flemático y perezoso en apariencia. Ya supondrán ustedes que cuando yo llegué la conversación era muy poco animada. Mis compañeros, cansados, comían en silencio, y, como era natural, me hicieron algunas preguntas, lo cual fué motivo para que nos contásemos nuestras desgracias, al propio tiempo que reflexionábamos acerca de la campaña, de los generales y de sus faltas, de los rusos y del frío. Un momento después de mi llegada, el coronel, que había dado ya fin á su pequeña cena, se limpió el bigote, nos dió las buenas noches, fijó sus ojos negros en la italiana y le dijo: «¡Rosina!» Y luego, sin esperar respuesta, fué á acostarse en el



cuartito de la paja. El sentido de la interpelación del coronel era fácil de comprender; así es que la joven hizo involuntariamente un gesto indescriptible que expresaba á la vez la contrariedad que debía sentir al ver su deferencia publicada sin respeto alguno y la ofensa inferida á ella y á su marido; pero hubo también en la expresión de sus facciones y en la contracción de sus cejas una especie de presentimiento ó tal vez una visión de su destino triste. Rosina se quedó tranquilamente sentada á la mesa. Un instante después, cuando el coronel se hallaba ya en su lecho de paja ó de heno, repitió: «¿Rosina?» El acento de esta segunda llamada fué aún más brutalmente interrogativo que el de la otra. El tartajeo del coronel y el acento que la lengua italiana permite dar á las vocales y á los finales, denotaron claramente todo el despotismo, la impaciencia y la voluntad de aquel hombre. Rosina palideció, pero se levantó, pasó por detrás de nosotros y fué al lado del coronel. Todos mis compañeros guardaron un profundo silencio, pero yo, por desgracia, empecé á reirme después de mirarlos á todos, y mi risa corrió de boca en boca. «¿Tu ridi?» dijo el marido. «Amigo mío, le respondí poniéndome serio, confieso que he hecho mal y te pido mil perdones, y si no te conformas con las disculpas que doy, estoy dispuesto á darte una satisfacción». «No eres tú el que has obrado mal, sino yo», me respondió fríamente. Después de esto nos acostamos en la sala, y á poco dormíamos con profundo sueño. Al día siguiente, cada cual, sin despertar á su vecino ni procurarse su compañero de viaje, se puso en marcha con esa especie de egoísmo que convirtió nuestra derrota en uno de los dramas más horribles de personalidad, de tristeza y de horror que se ha desarrollado nunca en la tierra. Sin embargo, á setecientos u ochocientos pasos de nuestra guarida, nos encontramos casi todos y caminamos juntos como gansos conducidos en tropel por el despotismo ciego de un niño. Una misma necesidad nos empujaba. Al llegar á un montículo desde el cual se podía aun ver el cortijo en que habíamos pasado la noche, oímos gritos semejantes á los rugidos de un león en el desierto ó á los

mugidos de un toro; pero no, aquel clamoreo no podía compararse con nada conocido. No obstante, distinguimos un débil grito de mujer, mezclado con aquel horrible y siniestro estertor. Nos volvimos todos, llevados de no sé qué sentimiento de espanto, y ya no vimos el cortijo, sino una inmensa hoguera. La vivienda, cuyas puertas habían sido cerradas, era presa de las llamas. Torbellinos de humo arrastrados por el viento nos llevaban los sonidos roncós y un fuerte olor á carne chamuscada. Á pocos pasos de nosotros estaba el capitán que acudía á unirse, y entonces todos lo contemplamos en silencio, sin que nadie se atreviese á interrogarle; mas él, comprendiendo nuestra curiosidad, volvió hacia su propio pecho el índice de la mano derecha y mostrándonos el incendio con la izquierda, dijo: «¿Son'io!» Todos nosotros continuamos nuestra marcha sin hacerle la menor observación.

—¿No hay nada más terrible que la sublevación de un carnero!—dijo de Marsay.

—Sería horrible que tuviésemos que irnos de aquí con esa horrible imagen en la memoria—dijo la señora de Montcornet.—Yo voy á soñar con eso.

—¿Y cuál será el castigo que recibirá la mujer de quien nos habló el señor de Marsay?—preguntó lord Dudley sonriéndose.

—Cuando los ingleses bromean, sus floretes están embotonados—dijo Blondet.

—Bianchón puede decírnoslo—replicó de Marsay encarándose conmigo,—puesto que le ha visto morir.

—Sí—repuse,—y en verdad que no he visto muerte como la suya. Habíamos pasado el duque y yo la noche á la cabecera de la moribunda; la pulmonía estaba en el último período de la crisis, y no había ya esperanza; la víspera le administraron los sacramentos. Dormía el duque. La señora duquesa despertó hacia las cuatro de la madrugada, y sonriendo me hizo un gesto enternecedor para pedirme que la dejara dormir. ¡No sospechaba que iba á morir! Estaba flaca hasta la exageración, pero su rostro conservaba los rasgos y el recuerdo de su hermosura, verdaderamente sublime. La palidez hacía que se pareciera la



piel á la porcelana iluminada por detrás con un foco. Sus ojos vivos, relucientes, y sus colores contrastaban con aquel tinte pálido que tenía no sé que dulce elegancia y que hermozeaba su fisonomía imprimiéndole un sello de imponente serenidad. Diríase que compadecía al duque, y este sentimiento dimanaba seguramente del exceso de ternura sin límites humanos al sentir la aproximación de la muerte. Reinaba profundo silencio. La estancia, iluminada por el suave resplandor de una lámpara, ofrecía el aspecto de todas las habitaciones en que hay enfermos cuya existencia se extingue. El reloj dió la hora. El duque se despertó y no hubo medio de consolarle de la pesadumbre de haber dormido. No pude ver el horrible gesto que hizo y que reflejaba la amargura de haber perdido de vista á su mujer en uno de los últimos momentos de su vida; pero aseguro, que fuera de lo moribunda, el más experto se habría equivocado al juzgarle. Estadista, con la atención fija en los altos intereses de la patria, registrábanse en el carácter en las costumbres del duque mil aparentes extravagancias que justifican que el vulgo tome á los hombres de talento por locos, pero que pueden explicar los doctos, estudiando la exquisita nerviosidad y las necesidades de tales espíritus. Sentóse en un sillón cerca del lecho de su mujer, y la miró con fijeza. La moribunda alargó la mano, cogió la de su marido, la estrechó afablemente, y con voz dulce y conmovida le dijo: «¡Pobre amigo mío! ¿Quién va á compraderte ahora?» Y después de esto, murió con la mirada fija en los ojos de su marido.

—Las historias que cuenta el doctor—observó conde de Vandenesse—producen emoción profunda.

—Y tierna—añadió la señorita de Touches abanicando su asiento.

Paris, junio 1839-1842.

## LA GRAN BRETECHA

(FIN DE «OTRO ESTUDIO DE MUJER»)

—Tengo, señora—replicó el doctor,—todo un repertorio; pero cada cuento tiene su instante de oportunidad en la conversación, según frase feliz de Chautort cuando, dirigiéndose al duque de Fonsac, dijo: «Entre tu agudeza y el momento en que hemos de reirla hay por medio diez botellas de Champagne».

—Sólo que son las dos de la madrugada y la historia de Rosina nos tiene bien dispuestos á seguir escuchando—objetó la señora de la casa.

—Cuente, cuente, señor Bianchón—gritaron de aquí y de allá.

Notando que el doctor hacía un gesto complaciente, se restableció el silencio.

—A orillas del Loira, á unos cien pasos aproximadamente de Vendome, se encuentra una casa vieja, ennegrecida, muy alta de techo, y tan aislada, que no se ve en su rededor ni fábrica de cortidos que huelga mal, ni albergue sospechoso, tal y como se distinguen junto á cualquier caserío. Extiéndese delante un jardín que mira al río, y donde el boj, en otro tiempo desnudo, que señalaba los andenes, crece actualmente dando pruebas de su exuberancia. Algunos sauces, trasplantados del Loira, se espesan como si formasen el entrelazamiento de una cerca, y casi